

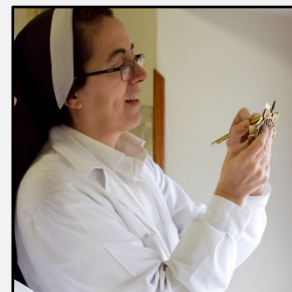
EL ADVIENTO:

Significado histórico, litúrgico, bíblico y teológico

- M^a Dolores Díaz de Miranda Macías -

Sobre la autora.

Estamos muy contentos de contar con la colaboración y el cariño de esta monja benedictina que reconoce la labor de tantas familias religiosas, muchas de ellas con las heridas graves producidas por las rupturas y los corazones quebrados, y de tantos laicos, en el vivir día a día una verdadera santidad en pleno siglo XXI. Ella, como otras religiosas y religiosos, nos aporta, la belleza de la oración mística y la posibilidad de contemplar en plena realidad del día a día, a un Dios que no cesa de mirarnos, custodiarnos y amarnos.



Es una mujer llena de vida, licenciada en medicina por la Universidad de Oviedo, ayudar al otro en las heridas del corazón forma parte de su vocación desde siempre. Diplomada en ciencias de la religión, en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona, y doctorada en conservación y restauración por la Universidad de Barcelona. Es jefa de Taller-Laboratorio de Restauración de Documento Gráfico en la Fundación Casa Ducal de Medinaceli, en Toledo. Fue directora, respectivamente, de los Talleres de Restauración del Monestir de Sant Pere de les Puel·les y del Monasterio de San Pelayo, durante más de 25 años. Ha colaborado con distintas revistas de temática religiosa, escribiendo una treintena de artículos. Fundadora y responsable del espacio cultural y espiritual de Cultura Benedictines (2012-2018).

Con tanta riqueza en el corazón y en el alma, vamos a ir descubriendo con ella, la importancia de los diferentes TIEMPOS LITÚRGICOS. Empezamos ahora con el de ADVIENTO. Os invitamos a vivir estos días con la certeza, de que saber esperar, nos madura y nos ayuda a centrarnos en la fecundidad del HOY. Esperar, recorriendo nuestro HOY, con la atención plena y alegre, pase lo que pase. Vamos a disfrutar de este escrito sobre este tiempo que ahora transitamos del Adviento.

El Adviento es una palabra que proviene del vocablo latino “adventun” que significa venida o llegada. El sentido latino de este término es la unión del significado de dos vocablos griegos: parusía y epifanía, frecuentemente utilizados en el lenguaje de la época en que nace y se desarrolla el cristianismo, y que los cristianos cogieron y adaptaron a la nueva realidad evangélica.

Para los paganos de la época apostólica el término parusía designaba la presencia del emperador rodeado de su séquito ante el pueblo y la palabra epifanía la aparición pública de un personaje importante como el emperador cuando visitaba o entraba en las ciudades de su imperio, tal como perpetúa la inscripción “adventus augusti” de unas monedas corintias la llegada de Nerón o la expresión “adventus divi” de uno de los cronistas al referirse al día de la llegada del emperador Constantino.

Los cristianos empezaron a hablar de la *parusía* del Verbo de Dios, que se hizo presente en la humanidad y puso la tienda de su presencia entre nosotros (Jn 1, 14), y de la *epifanía* del Hijo de Dios, que hecho carne manifestó de modo visible la presencia del Dios invisible. Parusía y epifanía – adviento en la versión latina – empezaron a significar en el mundo cristiano tanto la venida o *visita* del Señor como su *presencia* en medio del pueblo, tal como con continúan significando en nuestra liturgia. (P. Farnés).

En cuanto a su celebración como un tiempo que precede a la Navidad, no todas las iglesias lo celebraron en el mismo momento ni acentuaron las mismas dimensiones bíblicas. Inicialmente fue un tiempo de ayuno que progresivamente se fue encuadrando en una celebración litúrgica Su actual forma y contenido son fruto de una génesis que se extiende desde el siglo IV hasta mediados del VI, en que la Iglesia de Roma lo acabará celebrando como conocemos en la actualidad.

Los primeros vestigios de su celebración los encontramos hacia el siglo IV en las iglesias de La Galia y de España, como un periodo de preparación ascética a las fiestas de Navidad-Epifanía. El testimonio documental más antiguo es de san Hilario de Poitiers, hacia el año 360, que habla de la “necesidad de prepararse a la venida del Señor con una semana de oración y penitencia”, la cual comenzaría el 17 de diciembre. En el siglo V, San Perpetuo, Obispo de Tours, estableció un ayuno de tres días, antes del nacimiento del Señor.

En Roma aparece en la segunda mitad del siglo VI sus fórmulas litúrgicas en los sacramentarios y los leccionarios. Es de destacar que, en Roma, desde su origen y en el plano litúrgico, siempre estuvo relacionado con la Navidad, que empezó a celebrarse en el año 336.

La fiesta de Navidad sustituyó a la fiesta pagana de *Natale Solis Invicti*, celebración del solsticio de invierno, en el que el sol triunfa sobre las nubes. La Iglesia de Roma vio en este sol el símbolo de Cristo vencedor de las tinieblas del mal. En la adopción de esta fecha hay tres hipótesis: que se debiera al influjo pagano en el cristianismo, que se creara una especie de contra fiesta cristiana a la pagana o que fuera un fenómeno de cristianización de la fiesta del solsticio de invierno.



A partir del momento en que, en la liturgia de Roma, la Navidad tomó una mayor importancia, el sentido del Adviento se desdobra: es preparación al nacimiento del Señor y espera de su parusía. El vocablo “*adventus*” designó primero el nacimiento del Señor y su aniversario, después la preparación de este advenimiento y, por último, la espera de la segunda venida de Cristo, la parusía (J. Hild).

El Adviento consta de cuatro domingos (en la liturgia ambrosiana de seis). Cuenta con numerosos elementos litúrgicos propios como himnos, lecturas, antífonas... para los textos bíblicos dominicales hay tres ciclos. Este año estamos en el tercer ciclo (el C). El mensaje de su contenido se puede dividir en dos grandes bloques:

- El que va desde el primer domingo de adviento hasta el 16 de diciembre y que resalta el aspecto escatológico, orientándonos hacia la espera de la gloriosa venida de Cristo;
- Seguido del que abarca del 17 al 24 de diciembre, en él todos los textos se orientan más directamente a preparar la navidad.

En los textos sobresalen tres figuras bíblicas: el profeta Isaías, Juan Bautista y María. Isaías acompaña prácticamente con sus textos todo el Adviento y constituye un anuncio perenne de esperanza para los hombres de todos los tiempos. Juan Bautista, el precursor, es el último de los profetas, su persona y su palabra resume toda la historia anterior en el momento en que ésta alcanza su cumplimiento. María es la gran cooperadora en el misterio de la redención y aporta un especial carácter mariano a este tiempo.

Bíblica y teológicamente el Adviento está marcado por la esperanza, por la espera expectante y anhelante de la venida definitiva de Cristo. El contenido de las lecturas bíblicas va creando en nosotros actitudes de vigilancia y conversión. El evangelio del primer domingo nos dirá *“estad siempre despiertos”* (Lc 21,36), y en el segundo domingo el Bautista voceará la invitación a la conversión, mientras el profeta Isaías introduce su misión: *“una voz grita en el desierto: preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos”* (Lc 3,4).

En el tercer domingo, que destaca la presencia de los tiempos mesiánicos, subraya la dimensión de la alegría. El profeta Sofonías invita al júbilo y la alegría porque el Señor está en medio de su pueblo como salvador, *“Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta”* (So 3,20). San Pablo, en la carta a los Filipenses, insiste en *“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra medida la conozca todo del mundo. El Señor está cerca”* (Fil 4,4). Y el evangelista, por boca de Juan, anuncia la inminente presencia de Cristo *“Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”* (Lc, 3,16). En las lecturas de esta semana aparecen los relatos de diversas curaciones y el anuncio de la Buena Noticia a los pobres, signos de la presencia mesiánica y que testimonian que el Reino ya está entre nosotros.

En la cuarta y última semana, centrada en la Encarnación, aparecen los paralelismos de importantes personajes bíblicos con Jesús: Salomón, Juan Bautista, Ana concibiendo a Samuel, Elías que volverá...; y la figura de María tiene especial relieve.

Como conclusión, podemos decir que con la encarnación se cumple la promesa de Dios hecha a su pueblo, Cristo lleva a plenitud la condición humana y abre a su Iglesia, con toda la creación, a un periodo de maduración hasta el “fin de los días”, hasta que Cristo aparezca nuevamente en su gloria y recapitule todo en él.

Por eso, el Adviento es a la vez celebración de algo que ha sucedido y camino hacia el encuentro definitivo con Cristo, es la tensión entre el “ya, pero todavía no”.

M^a Dolores Díaz de Miranda Macías o.s.b